



PLANETA
JUVENIL

RELOJES QUE NO MARCAN LA MISMA HORA

**ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN
COLOMBIANA**

TOMO I

RODRIGO BASTIDAS P. (COMP.)



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: © Luis Carlos Barragán

© Rodrigo Bastidas P. (comp.), 2017
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6138-0
ISBN 10: 958-42-6138-X

Primera impresión: agosto de 2017
Segunda impresión: junio de 2018
Tercera impresión: junio de 2019
Cuarta impresión: marzo de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

RODRIGO BASTIDAS P. (COMP.)

Nació en Pasto, Nariño. Candidato a Ph.D. en Literatura de la Universidad de Los Andes. Magíster en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia y candidato a Magíster en Literatura Latinoamericana y Española de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido docente en la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad del Rosario, entre otras. Ha publicado artículos teóricos, históricos y críticos en revistas académicas de Argentina, Perú y Colombia. Sus intereses están centrados en las relaciones de la literatura latinoamericana del siglo XIX y XX, la literatura colombiana del conflicto y la teoría literaria. Actualmente trabaja en una novela de ciencia ficción (pronta a publicarse) y una investigación que tiene como objeto la ciencia ficción colombiana y latinoamericana de las últimas tres décadas.

ÍNDICE

Del invariable tic-tac, a los estallidos eléctricos del quark <i>(Rodrigo Bastidas P.)</i>	9
Cartografías de horizontes efimeros	23
Eufóricos Caminantes Nocturnos <i>(Luis Carlos Barragán)</i>	25
Su reflejo en la ventana <i>(Cristian Romero)</i>	37
Simulador de vida orgánica <i>(Andrea Salgado)</i>	57
El milagro de Barcelona <i>(Juan Diego Gómez)</i>	81
Sangre Correr <i>(Laura Rodríguez Leiva)</i>	123
Rally llanero <i>(Luis Cermeño)</i>	135
Exploraciones en investigación orgánica	145
Sueño con lampreles <i>(Humberto Ballesteros)</i>	147

25 kilos de sobra (<i>Carlos Ayala</i>).....	161
Huitaca (<i>Koryna C. González</i>)	171
Un hueso de ratón en la madriguera (<i>Boris Alexander Greiff</i>).....	225
Discriminación genética (<i>Enrique Patiño</i>)	237
Martín (<i>Diana Catalina Hernández</i>)	253

DEL INVARIABLE TIC-TAC, A LOS ESTALLIDOS ELÉCTRICOS DEL QUARK

*Pero debido a que el mundo era precisamente así,
precisamente como dejaron que llegase a ser, durante meses
sus actividades no atrajeron la atención de
Los-que-mantienen-la-maquinaria-funcionando-
normalmente, de los que engrasaban con el mejor lubricante
los resortes y muelles de la cultura.*

HARLAN ELLISON, *¡Arrepiéntete, Arlequín!*,
Dijo El Señor Tic-tac.

El proceso de colonización de América estuvo fuertemente sujeto a una imposición temporal. Los tiempos míticos, mercantiles e industriales que se usaban en Europa, debían estar sincronizados con los de extracción de la materia prima. Así, el reloj apareció no solo como un instrumento para medir el paso del día, sino como la metáfora perfecta para describir a los sujetos latinoamericanos: si no se corría apresurado por la línea de producción, el hombre era un reloj dañado, un

mecanismo roto, una pieza suelta del sistema. En este proceso se eliminaron los calendarios precolombinos, las cuentas de los años por medio de quipus, los cambios de estaciones marcados por las cosechas y los fenómenos astronómicos que leían los mitos americanos. Rápidamente, el tiempo europeo se impuso por la fuerza y se convirtió en una verdad absoluta: todos empezaron a usar relojes que señalaban ritos cotidianos; las casas llenaron pasillos, cuartos y cocinas, de aparatos que marcaban qué se hacía a cada momento; las personas preguntaban la hora en la calle para que la sincronización fuera perfecta; la cuerda debía girarse sagradamente cada noche para que el despertador no retrasara las obligaciones.

Al día de hoy, al tic-tac de la máquina lo consideramos una verdad total. Las empresas tienen relojes que marcan qué hora es en Okinawa, Melbourne y Johannesburgo; los teléfonos celulares se sincronizan automáticamente tomando como referencia la ubicación geográfica; las torres de reloj se han convertido en objetos de peregrinación turística; las compañías de transporte ofrecen puntualidad como su bien máspreciado; la vieja metáfora de «el tiempo es oro» se ha convertido en realidad. Pero si nos detenemos por un momento (un respiro, segundos que hacen tic-tac en el reloj) podemos ver que la vida no se comporta de esa manera.

Los griegos tenían dos términos para describir al tiempo: *cronos* y *kairos*. El primero se refería al tiempo

del hombre, el terrenal, el material; el segundo señalaba el del espíritu, el incontable, aquel que permitía que un segundo durara una eternidad, un tiempo sin tiempo. Me gusta pensar que el *kairos* está atado a la imaginación, a la literatura. Concebir el *kairos* como un mecanismo desarmable, hace que podamos viajar al pasado o al futuro, permite ver que los ciclos de nuestros organismos no siguen necesariamente los que les queremos imponer, autoriza la existencia del éxtasis, de arrobamientos, de suspensiones psíquicas, de letargos, de exaltaciones, de delirios, de vida. Pero el reloj sigue como un peso sólido sobre nuestras vidas. Acostumbrados a la guía maquinaica de la vida moderna, inventamos dispositivos que hablen de esos tiempos inmedibles, relativos, ahistóricos. Es ahí, en ese punto de confluencia entre la máquina precisa y el tiempo de la imaginación, donde nace la ciencia ficción. Hemos construido a pulso un dispositivo narrativo que nos permite inventar las máquinas que narran esas otras eras, que abren el campo para describir lapsos diversos, épocas diferentes, ciclos con cuadraturas, estaciones infinitas, segundos eternos. Instrumentos discursivos como bombas de relojería que están a punto de explotar, motores de creación que son perfectos en su sistema, pero que marcan diferentes temporalidades. Cada cuento de ciencia ficción se convierte en un reloj que nunca marca la misma hora.

Al igual que pasa con el término «utopía», la ciencia ficción se ha convertido en muchos ámbitos en sinónimo de un hecho imposible. Algo «parece ciencia ficción» cuando no se puede creer que sea viable o cuando tiene carácter de inverosímil; esperamos en esa historia un toque de lo increíble que nos obligue a abrir la boca para responder: no te puedo admitir que eso sea cierto. Además de ese carácter de ilógico, la idea de la ciencia ficción también ha sido colonizada por medios de comunicación masivos como el cine o la televisión: superhéroes, naves espaciales o extraterrestres son el centro temático de producciones en las cuales se piensa que basta con hacer una toma a un carro elevándose del suelo, para que el film sea considerado ciencia ficción, así su argumento se acerque más a una telenovela.

Estas dos formas de ver la ciencia ficción limitan un género que, durante todo el siglo XX e inicios del siglo XXI, se ha caracterizado por su carácter ideológico, crítico y altamente político. Si bien existieron obras preliminares (*Frankenstein*, *Erewhon*, *Noticias de ninguna parte*, *Mirando hacia atrás*), la ciencia ficción es un género que aparece a inicios del siglo XX, como una propuesta que busca establecer la forma en que las ciencias y la tecnología se relacionan con el sujeto y su desarrollo en comunidad. Es por eso que en el centro de todo relato de ciencia ficción está el ejercicio de activar, a manera de relato, y de distintas maneras, lo que la ciencia puede lograr en nuestra sociedad. Esa ciencia (que puede ser

una ciencia dura como las matemáticas, o una ciencia social como la psicología) se propone como estructura de pensamiento para plantear la que Umberto Eco llama la pregunta central de la ciencia ficción: «¿qué pasaría si...?». Es por ello que, basados en descubrimientos, hipótesis, teorías o conjeturas de las ciencias, los escritores de ciencia ficción inventan mundos en los cuales puedan poner a prueba las mil y una preguntas, y las mil y una respuestas que esa incógnita logre formular. Por lo general, esas preguntas no se pueden solucionar simplemente con una recreación simulada en un laboratorio, en el cual el científico sale de su espacio de experimentación y vuelve al mundo real donde una taza de café, sigue siendo una taza de café. Por el contrario, para resolver esas incógnitas el autor de ciencia ficción debe crear un mundo significativamente diferente al mundo en el cual, nosotros lectores, vivimos; un mundo en donde una taza de café se puede convertir en un compuesto desarrollado por los comerciantes de Zorg para conquistar el mundo, al quitarle el sueño a los pobladores del imperio estelar.

Así, el reto del autor de ciencia ficción es crear mundos verosímiles, creíbles y que tengan una lógica interna en la cual ninguno de los elementos presentados resulte ilógico, incongruente o que dañe, con una oración, lo que con páginas de descripciones le ha costado armar. El reto de los lectores de ciencia ficción es imaginar esos mundos, sentirse parte de ellos y pensar la forma en la

cual funcionan para entender la historia que se presenta. El juego del lector, así, es doble: a medida que lee, debe recrear el mundo, comprender su funcionamiento interno y prever aquello que puede ocurrir; y, al mismo tiempo, es necesario que descifre la historia que se cuenta desde la intimidad de los personajes, interprete sus pensamientos y conciba su forma de actuar. La ciencia ficción, entonces, propone un diálogo dinámico, un pacto de verosimilitud entre los dos sujetos, una alianza en la que el escritor promete no romper la credibilidad del mundo y el lector pone todo de sí para imaginar que el mundo sugerido puede ser real.

Una rápida mirada por la historia de la ciencia ficción en Colombia permite observar que no solo funciona como una estructura temática e ideológica que retoma los elementos básicos de un género que ha tenido su auge en Estados Unidos y Europa; sino que, desde su aparición, ha sido un vehículo en el cual es posible rastrear la relación del sujeto colombiano con la tecnología y estudia un pensamiento político crítico, acorde con el contexto de cada escritor. Por lo tanto, es necesario entender la ciencia ficción en Colombia a partir de un cruce de disciplinas en la cual la sociedad, la política y la filosofía, permiten delimitar las características propias de lo que ocurre en el país y entender cómo funciona su devenir histórico en la literatura colombiana.

Contrario a lo ocurrido en otros países latinoamericanos como Argentina o Chile, en Colombia la ciencia ficción no ha tenido un desarrollo consolidado y constante. Un rápido mapeo por las obras de ciencia ficción en Colombia, permiten esbozar un mapa en el cual se marcan tres momentos específicos, de desarrollo histórico.

El primer momento corresponde a lo que se podría llamar: La *prehistoria* de la ciencia ficción en Colombia. Son las obras escritas en la primera mitad del siglo XX, las cuales aún no tienen las características propias del género pero que utilizan algunos de los elementos temáticos que las podrían acercar a concebirlas como tal. Mecanismos como la especulación metafísica, las sagas tecnológicas, la crítica social utópica y las aventuras exóticas; son elementos propios de estas obras previas a la consolidación de la ciencia ficción como género. En este grupo se han podido rastrear tres novelas, dos relatos y un libro de cuentos. En este primer momento es posible comprender la forma en la cual la entrada de Colombia a la modernidad, y la aparición de nuevos acercamientos filosóficos empiezan la transformación de estructuras narrativas que, posteriormente, servirán de base para la emergencia del género.

El segundo momento (*nacimiento*) marca el inicio de la ciencia ficción como tal y se da en la segunda mitad del siglo XX con la publicación del libro de relatos *La nueva prehistoria* de René Rebetez en 1967. Con este

libro, que el autor afirma como propio del género de la «ciencia ficción», se inaugura una serie de escritos que, si bien tienen elementos en común desde donde se puede observar una relación de género, aparecen de manera fortuita. Lejos de marcar una configuración genérica, la dinámica de escritura y lectura de estos libros señalan la fragmentación de una ciencia ficción que aún no se ha logrado consolidar. Dos autores sobresalen en este grupo: René Rebetez y Antonio Mora Vélez, que son los únicos que plantean una obra narrativa coherente con el género, a la cual añaden cortos artículos teóricos o críticos publicados en periódicos, revistas y suplementos culturales. Una rápida revisión de este período muestra un grupo reducido de autores que se dedican a la escritura de la ciencia ficción, e indica una inclinación por las publicaciones independientes, de cortos tirajes que demuestran la escasa apertura del género en cuanto a su recepción.

El tercer y último momento es el de la *consolidación* del género. Este momento de afirmación está inaugurado por dos hechos importantes: la publicación de la colección de relatos *Contemporáneos del porvenir*, y el premio exaqueo UPC a la novela *Iménez*, de Luis Noriega; ambos en el año 2000. La antología *Contemporáneos del porvenir*, no sólo se nombra como la primera antología de cuento de ciencia ficción colombiana, y se arma con el claro propósito de recoger en sus páginas toda la producción cuentística de ciencia ficción

que se ha realizado durante el siglo XX; sino que, en su introducción, es posible encontrar una propuesta crítica sobre la conformación del género en el país. La lectura de esta introducción establece un punto cero a partir del cual la literatura de ciencia ficción posterior se arma para contradecir o seguir los preceptos planteados por su autor, René Rebetez.

En el mismo año de la edición de *Contemporáneos del porvenir*, se publica la novela corta de Luis Noriega, *Iménez*, con la cual se abre el campo a propuestas literarias más contemporáneas. Por otro lado, el premio al que se hace acreedora esta novela (UPC, el más importante premio a la ciencia ficción escrita en español) indica la consolidación de un género que no se había visibilizado ni dentro ni fuera del país. Esta novela ya muestra cómo algunas estructuras contemporáneas de la ciencia ficción (como el ciberpunk) empiezan a desarrollarse en la ciencia ficción colombiana, con lo cual se puede hablar de una contemporaneidad en las formas, estructuras y temáticas de una ciencia ficción que empieza a salir de los fuertes armazones estilísticos a los cuales estaba atado a mediados de siglo XX.

Ya a partir del inicio de milenio, las publicaciones se hicieron más numerosas y se empieza a entrever la aparición de una crítica más cercana a los espacios literarios; sin embargo, las ediciones siguen siendo parte de un espacio independiente y fortuito, sin que se logre desarrollar un campo literario consolidado acorde con

publicaciones, públicos lectores y distribución. El punto más alto de este tercer momento es posible proponerlo en el año 2012 con la publicación de la novela *Vagabunda Bogotá* del escritor bogotano Luis Carlos Barragán, la cual gana el concurso Cámara de Comercio de Medellín y es elegida como finalista del premio Rómulo Gallegos del año 2013.

En este panorama, la ciencia ficción continúa su camino en Colombia, mostrando la forma en la que nuevas tecnologías, ciencias, políticas y filosofías transforman el mundo en el cual nos movemos. Sin embargo, al igual que ha ocurrido en otros momentos, actualmente la producción de la ciencia ficción colombiana no se ha desarrollado como un movimiento estructurado y constituido, sino que aparece desperdigada en publicaciones independientes, en revistas del género, y con autores que salen de las redes editoriales usuales. Por lo tanto, esta antología se propone como un primer paso que intenta llenar ese espacio de desconocimiento de lo que ocurre actualmente en la ciencia ficción colombiana. Este libro es un recorrido que atraviesa un número importante de autores colombianos que, en la actualidad, publican y se interesan por la ciencia ficción. Este texto se presenta como un espacio para leer la narrativa que se pregunta por las relaciones explícitas o implícitas entre ciencia y sujeto, y además se propone como un espacio de

reflexión sobre las dudas y las preguntas que actualmente invaden a autores jóvenes.

La antología se divide en dos tomos y cuatro partes, las cuales apuntan a diferentes intereses que se vislumbraron en los cuentos recogidos, lo que no implica que los límites entre estos grupos sean difusos e intercambiables. La primera de ellas, en el Tomo I, «Cartografías de horizontes efímeros», reúne cuentos que tienen como espacio narrativo a Colombia; son relatos en los que el país aparece como una geografía posible para que ocurra la ciencia ficción. En ocasiones estas referencias aparecen de manera explícita con nombres propios de calles o ciudades; en otras oportunidades las referencias son más veladas y se esconden en medio de dichos, costumbres, acciones cotidianas o tradiciones. El segundo apartado del mismo tomo, «Exploraciones en investigación orgánica», agrupa los cuentos que tienen como idea central la aparición de cuerpos anómalos que son transformados por la tecnología, por los cambios genéticos, o por saltos evolutivos. La indagación por la sistematización de lo orgánico, por los cuerpos que desbordan conceptos de lo natural, por la relación entre carne y tecnología, por lo biológico como forma de resistencia, se convierte en un eje alrededor del cual giran todos estos relatos. En el tercer grupo, ya en el Tomo II, «Circuitos psíquicos, ánimas maquínicas», se encuentran los cuentos en que robots, naves espaciales, inteligencias artificiales, replicantes, androides cruzan las fronteras de la

objetualidad y rompen el concepto de lo humano. Revisitar en estos cuentos la gran duda dickiana sobre la sensibilidad de las máquinas y el automatismo del hombre; permite pensar en cuerpos hackeables, en mentes que se archivan y en creencias que se programan. En la última parte, «Dispositivos nomológicos de eternidad», se encuentran los cuentos que dialogan directamente con los sistemas de comprensión del mundo, y los ponen en jaque al enfrentarlos a las posibilidades de nuevas tecnologías. La filosofía, el arte, la psicología y la literatura se convierten en espacios dúctiles que se dejan atravesar por las preguntas que la ciencia ficción les hace, y dejan abiertos interrogantes que hacen tambalear los grandes relatos que sostienen la cultura.

La mayoría de autores que se presentan en esta antología son escritores que con anterioridad han publicado libros de relatos, cuentos o novelas, o han sido premiados por concursos en los que la ciencia ficción aparece como elemento central. A cada relato lo acompaña la bitácora biográfica del autor, y una reflexión personal sobre el significado, la profundidad, los recuerdos y las relaciones que cada uno de ellos tiene con el género. Este plus permite entender que la descripción, la delimitación y la forma en que se concibe la ciencia ficción aún no tiene una respuesta única; hay bifurcaciones, interpretaciones, referencias y señalamientos que permiten ver cómo un género se desarrolla, se desplaza y se transforma. Así, los autores de esta antología hacen parte de un grupo en

el que la imaginación, las ciencias, la tecnología y una visión crítica se convierten en eje para que el discurso narrativo de la ciencia ficción demuestre que existe en Colombia, y que su potencia en devenir es inmensa.

Bienvenidos a este periplo por universos que podemos imaginar, compartir, estudiar; cosmos con los cuales podemos entender que todas esas creaciones externas también están dentro de nosotros, que hay una posibilidad infinita de mundos que nos ofrece la ciencia ficción colombiana. Saquemos los relojes de nuestras paredes y de nuestras muñecas; rompámoslos para no sentir el horrible fardo del tiempo que disloca nuestros hombros y nos inclina hacia la tierra; inventemos las máquinas que van a marcar nuestro tiempo. Cambiemos el tic-tac invariable del reloj por los inesperados estallidos eléctricos de los quarks, creemos el dispositivo que va a narrar nuestro momento, aquel que nos pertenece; porque cada uno tiene un solo y único reloj y es tiempo de que marque nuestra hora.

RODRIGO BASTIDAS P. (Bogotá, 2017)